

EL DESCUBRIMIENTO DE MAYA SIMONE

Hola, me llamo Maya Simone y tengo 6 años.

Llegue a vivir con mi familia nueva el 27 de febrero del 2022. Antes vivía con mi familia biológica, eramos muchos ahí y por alguna razón que desconozco no pude quedarme a vivir con ellos. Cuando estaba esperando delante de mi casa a mi nueva familia, podía oír a una de mis hermanas llorar desconsoladamente y yo quería llorar también, pero no me lo permití. Fue muy duro, pero decidí no mirar hacia atrás.

Una mujer y su hija me vinieron a buscar y, aunque estaba asustada, cuando las vi, sentí tranquilidad. Subimos a un coche. Yo estaba muy preocupada y lloré con miedo a gritos. A ratos me calmaba para respirar y observarlas y, poco a poco, me empecé a tranquilizarme al ver que ellas me trataban con ternura. Me hablaron de mil cosas, comentaban las cosas que íbamos pasando con el coche, se presentaron, me explicaron sus vidas y las aficiones que tenían y un largo etcétera. La madre se llamaba Sol y era española, pero había vivido en Londres hacía 6 años y era profesora de cine en una universidad. La hija se llamaba Teodora y me explicó que iba a un colegio bilingüe cerca de donde ellas vivían. Me contaron lo que les gusta hacer: ir de museos, al cine, a tomar café o a caminar por el mercadillo de Portobello. ¡Hablaban mucho! Pero sus voces me hacían sentir protegida y hasta incluso sentí ilusión por vivir mi vida con ellas. Las encontré muy interesantes, pero, sobre todo, me hicieron sentir que tenía un sitio en sus vidas. Me encantaría haber participado en la conversación, pero no podía hacerlo ya que no hablábamos el mismo idioma.

En el trayecto a casa decidieron darme un nombre nuevo que era “Maya Simone Matas”, ¡según ellas mi nombre de antes “Lily Smith” no capturaba mi enigmática personalidad! Me llamaron Maya Simone por “Maya Deren”, una mujer americana-ucraniana que fue la madre del cine experimental (la película favorita de Sol era “Meshes of the Afternoon”) y “Nina Simone”, una mujer afroamericana que cantaba y componía canciones sobre el amor, el racismo y el movimiento político en el que ella participó (la canción favorita de Teodora de ella era “Love me or Leave me”).

Cuando llegamos a casa, estaba muy ansiosa por ver cómo era mi nuevo hogar. A juzgar por sus personalidades y vestimenta, imaginaba un hogar muy acogedor y lleno de color pero, tal vez, estuviese equivocada. Lloré un poco más al bajar del coche, pero ellas no me

regañaron. Al contrario, me consolaron y mostraron la casa con tanta ilusión que se me pasó la pena.

¡Qué alivio! La casa era preciosa, muy alegre, llena de color, libros, música y plantas. Había fotografías de ellas en todos sitios y se podía ver que se querían mucho. Todo estaba lleno de pequeños detalles. Cada habitación reflejaba sus personalidades, sentí que esto podía funcionar, que podía llegar a ser feliz ahí, con ellas. Cenamos, vimos una peli en el sofá, ellas me cubrieron con una manta y me quedé profundamente dormida escuchando sus voces y sintiéndome segura, sintiéndome en familia.

Cuando me desperté al día siguiente el día estaba soleado y acompañe a Teodora a la cocina a cocinar pancakes. Hablamos sobre varias cosas. Entre nosotras había una diferencia de diez Años. Sé que suena como mucho, pero ella no me hizo sentir mal al respecto y nos reímos mucho juntas. Pusimos un CD y Sol vino a darnos los buenos días y hacer café. La casa olía a manzana, café y amor. Por un momento, pensé en mis hermanos y me sentí mal por ellos. Tal vez les tocaría una casa tan bonita como la mía o, al contrario, una familia triste y una casa gris. Intente visualizarlos, pero no logré recordar sus caras, solo su olor. Iba a empezar a llorar de nuevo cuando Teodora empezó a bailar y a hacerme reír.

Después de comer un desayuno riquísimo, Sol me preguntó si me podía llevar en brazos y yo le respondí que sí. Ella me cogió en brazos y creo que es uno de los momentos más felices que he vivido. Empezamos a bailar, Sol y Teodora me tenían en brazos, como si fuese una princesa, me sentí muy especial y las empecé a querer.

Ya eran las 11 horas de la mañana y nos teníamos que empezar a vestir para salir. Sol me llevó en brazos por el pasillo hasta el baño. Lo primero que vi en el baño era un espejo grande y en el reconocí el reflejo de Sol, pero no entendí lo que llevaba en los brazos. Me moví para ver si “eso” se movía también y así fue. Pensé estar alucinando o, tal vez, soñando. Di un grito y me miré fijamente, Sol me acercó al espejo. Puse mi nariz sobre la superficie fría del espejo y vi como “eso” hacía lo mismo. ¡Soy peluda, con dos orejas puntiagudas, cuatro patas y una cola! Mi pelaje es negro con reflejos marrones y tengo los ojos verdes. Desde luego no me parezco en nada a mi familia. ¡Soy un gato, no soy humana! Solté un gran maullido que dejó a Sol sorprendida y me puse a correr a encerrarme en algún sitio.

Hasta ese momento había estado convencida de que era una niñita de seis años a la que habían recién adoptado. No sabía que habían distintas especies en el planeta, no sabía que yo

era gato. ¿Cómo sería mi vida entre humanos? Sentí un vértigo inmenso de no estar entre los míos. Me escondí bajo la cama. Mi plan era no volver a salir nunca más. Me quedé dormida y al despertar sentí hambre y ganas de ir al baño. Sol y Teodora, me sirvieron comida y me siguieron hablando como si nada.

Tuve que ir al baño en una cajita con arena blanca que parecía Lapland y aunque fue una rara experiencia, aunque fue mejor de lo que me imaginaba.

Por curiosidad, Teodora buscó en Google la equivalencia de mi edad gatuna en edad humana y encontró que 6 años humanos equivalía a 4 meses en edad gatuna. Cuando escuché esto, sentí tranquilidad ... ¡Por eso era que no me acordaba de mi infancia o de mis hermanos!

Cuando las chicas se fueron de la casa, me quedé sola y me di cuenta de que mi deber como gata era proteger el hogar. Me puse a inspeccionar cada habitación, mirando por cada ventana para ver que no atacase ningún intruso y, aunque me quedé dormida un par de veces accidentalmente, cumplí con mi tarea.

Por la noche ellas se fueron a dormir y yo me quedé en el salón pensando. Tuve una epifanía. Ser un gato tal vez no era tan malo, ya que podía dormir cuando quisiese, comer y beber fácilmente, mirar los pájaros por la ventana y no tener que estresarme por cosas nada importantes. ¡Qué suerte tengo! ¡No puedo esperar hasta mañana para volver a ver a mis chicas!

E.M.